

LA ORILLA DEL MIRIÑAY

Por RUBÉN CALDERÓN BOUCHET (*)

1. MIRIÑAY ORILLA

Donde yo me crié —y no lo digo para ofender a nadie, porque esto de nacer en las orillas del Miriñay es cuestión de suerte y no de mérito personal—, cuando se le ponía a alguien un sobrenombre, solían suceder dos cosas: o bien el mote ponía al descubierto la personalidad del designado, o bien éste, no sé por qué oscura confabulación con el autor, empezaba a comportarse de una manera tal, que cada día se parecía algo más a su sobrenombre.

Sin buscar ejemplos extraños tengo una sarta de parientes a quienes les dicen los «Yacarés Jhu» (yacarés negros); y no conozco ningún caso en esa rama de familia que después de la treintena no se pase los días pescando a las orillas de los ríos, lento y perezoso, con sus verdes ojos saltones, perdido en un absorto sueño de *saurio*.

Al viejo La Varga le decían «El piche» porque siempre se andaba haciendo una bola y no había lugar donde agarrarlo. Si los *piches* hablaran, con toda seguridad que lo harían en el estilo ambiguo, sinuoso y retorcido de La Varga. Nadie logró jamás sacarle el tiempo de un caballo o las condiciones de un gallo de riña. Sus «tal vez»..., «quién sabe»..., «a lo mejor nomás»..., «gallitos livianones, gallitos»..., «potrito nuevón, se despatarra fácil», eran famosos en la región, y cuando alguien quería imitarlo, no tenía más que dejarse llevar por la incoherencia para lograr un parecido bastante aproximado.

Mi tío Belisario, que también se las traía bajo el poncho, solía decir hablando de La Varga: «Oyéndole, parece que estuviera siempre empedo, pero, luego del negocio o la carrera, nos preguntamos si los mamaos no éramos nosotros».

Quizá fue por esa fama que cuando Lolo Rorí, llamado el «Ganso» por lo gritón y cogotudo, lo echó a patadas de Santa Rosa y el Piche no dijo esta

(*) Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

boca es mía, todos conjeturamos que La Varga le guardaba una sorpresa al Lolo. Desde ese día lo empezamos a saludar con la indulgencia dulzona que despiertan los finados.

En verdad el Lolo no era muy querido, y desde que estaba apañado por el caudillo se había vuelto bastante *engreído*. Alto, ancho, con un rostro de un rojo subido, tenía la cólera fácil y explosiva, cosa que lo exponía demasiado entre el criollaje *taimado*, de rencores silenciosos y escondidos.

A orillas del Miriñay el tiempo es lento. Tiene la lentitud de sus aguas sucias, y a veces, como el río, se hincha súbitamente y revuelve su panza oscura, poniendo al descubierto todos los desperdicios de la zona.

Nadie contó el tiempo pasado entre la terrible ofensa hecha por Lolo y su fatal desenlace, y aunque todos dábamos por descontado el desquite, ninguno se preocupó por conjeturar cuándo sería. Yo supe que mi tío Belisario se había jugado un cordero ensillado, con el dueño de la carnicería, a la mano de don Piche y que el carnicero, medio gringo y además forastero, siempre lo embromaba a tío cuando se veían.

—¿Para cuándo es la carrera, don Charo, o espera que mi pollo se muera de viejo para pagarme?

—No corra, don Carmelo... aquí el tiempo es yacaré...

En el interín, don Piche, no se había mostrado por el pueblo, como si tuviera vergüenza de que lo vieran antes de saldar la cuenta. Por eso nos llamó la atención hallarlo muy de botas ilustradas, rastra y bombachas nuevas, pocos días antes del 25 de mayo que se venía anunciando con una gran fiesta, auspiciada por «los elementos progresistas» del pueblo.

No se detuvo mucho rato y dicen que sólo vino para hablar con Jaime, el sargento, y con don Carmelo, el presidente de la Comisión de Festejos.

—¡Qué va a hacer el viejo, don Charo! —le decía más tarde don Carmelo a mi tío—. ¿Usted sabe a qué vino al pueblo?

Usted dirá... —sonreía Belisario bajo el bigote caído.

—¡A pedirme garantías! ¡Agarresé! ¡Garantías! ¡Pobre viejo! Parece que se le casa la hija con el Quito Gauna y como Lolo anda envalentonado con él, tiene miedo que se le desgracie el yerno... ¡Jua, jua, jua! ¡Qué cordero me voy a comer a sus costillas!

Además de tío Belisario, otras orejas oyeron lo que contó don Carmelo, y no faltó quien se lo soplara al Lolo, con una dosis más o menos mortal de intenciones venenosas.

—Dice el Piche que no quiere que el Quito se *le desgracie*, porque los tiempos no están ya como para andar *achurando* a la gente. Y que prefiere tener el yerno en la estancia y no en la cárcel. Y como vos sos atrevido, tiene miedo que provoqués al muchacho sacando a bailar a la Delfina.

Como podrán suponer, esto era vitriolo puro en los nervios sensibles de un matón que cuidaba su prestigio. El Lolo explotó.

—¡No pretenderán que no vaya al baile para darle garantías a ese viejo infeliz y al negrito Gauna! ¡Díganle si lo ven, que le voy a sacar a bailar la negrita, a ver qué hace!

Tal vez Lolo no hizo más que seguir su natural gritón y atrevido al decir esto, y en el fondo no tenía pensado provocar de ninguna manera a los La Varga y su campeón, pero la promesa cundió como había salido del horno, y el *adobo* no hizo más que aumentar el fermento de la levadura. Dicen que el informe llegó hasta el rancho de La Varga y que éste lo escuchó con sus cerrados ojitos quietos, sin decir nada.

Reconozco que don Jaime, el sargento, tomó todas las medidas posibles para evitar que el prometido lío se produjera. Él mismo se paró en la puerta del galpón e hizo dejar las armas a todos los que entraban. Uno o dos personajes del lugar quisieron protestar, pero don Carmelo puso en juego sus dotes de diplomático y todos se resignaron a ofrecer ese sacrificio por el bien común.

El único que escapó a esta medida fue el mismo Lolo Rorí, y esto porque tenía el *apaño* del caudillo y alegó que no podía dejar el revólver.

—Mirá, Jaime —gritó—, vos sabés bien que no soy capaz de tirar contra un hombre desarmado, y un tipo como yo, con una perrada de negros que lo quieren madrugar, no puede descuidarse. ¡Vos lo sabés bien, Jaime!

Como dije, era alto y de buena estampa. Los cabellos rubiones y rizados le empezaban a encanecer en las sienes y en su rostro, de un rojo subido, la ira se desencadenaba con facilidad, y puedo asegurar que los gritos no desentonaban con su robusta figura de forzado.

—¡No me va a obligar a que me sacrifiquen con un cuchillo que cualquiera puede tener escondido en la bota! —siguió vociferando—. Además, tengo permiso del jefe para usar armas y vos lo sabés bien. Así que no me hagás cuestiones.

Don Carmelo trató de persuadirlo por las buenas, pero todo fue en vano. No hubo Lolito ni prestigio del pueblo que lo conmoviera. Al fin tuvieron que dejarlo entrar con un treinta y ocho largo que llevaba debajo del sobaco, a lo pistolero.

Contra lo que muchos esperaban, el Quito Cauna venía sin armas, y La Varga hizo abandono de su Colt sin formular ninguna queja. Apenas un pláido: «Si usted lo garantiza, don Jaime...». Y pasó adelante con la hija colgada del brazo.

El salón estaba bastante colmado. Las mujeres sentadas a lo largo de las paredes, se secreteaban las novedades. Los hombres se *desentumían* con unas cañitas y hablaban en voz alta de cabellos, de perros, de cosechas y de peleas.

Lolo Rorí había bebido ya unas copas de ginebra y el violento arrebol de su tez se había acentuado peligrosamente. Hablaba casi a gritos, accionando con las manos, a lo gringo, y repartiendo amistosas manotadas con generosidad de caudillo.

La Varga, con el poncho y el sombrero puestos, conversaba en un rincón mientras miraba la gente con sus entrecerrados ojitos de *gallero*. Llevaba anchas *bombachas orientales* y altas botas negras. El poncho de vicuña le caía a los costados cubriéndole los hombros y los brazos. El chambergo negro le tapaba casi todo el rostro, acentuando sus gestos embozados.

Alguien, con ganas de caldear el ambiente, pidió a los músicos que rompieran el silencio con la polca de los vidalistas «colorao retá», tal vez porque sabía que no iba a ser del gusto de Lolo Rorí. El chamamé salió como un chorro de vapor de los acordeones, y en los *gargueros* de los vidalistas quedó un alarido atrancado pidiendo cancha.

Quito salió a bailar con la Delfina y comenzó con un taconeo cadencioso que se fue embraveciendo a medida que el compás de la polca se ponía más y más atrevido. Todos adivinamos el grito de Quito antes que saliera: medio lamento, medio alarido y vimos brillar la rabia en los ojos de el Lolo.

Cuando los músicos iniciaron la segunda vuelta, el Lolo se dirigió con paso rápido hacia donde estaba la Delfina. La música estalló en los oídos sin que nadie supiera jamás qué fue lo que empezaron a tocar. Estábamos todos pendientes de lo que iba a suceder allá, al lado del viejo La Varga.

El gesto de invitación, que Rorí se empeñó en que saliera con irónica galantería, apenas resultó una mueca nerviosa y las palabras de Lolo se rompieron en el aire, insólitamente enmudecido, con un sonido falso de vidrio roto.

—¿Me permite...?

—Estoy comprometida y sólo bailo con mi novio —respondió altaneramente la Delfina.

—No sé quién es su novio, pero como no lo veo... A lo mejor está escondido en algún baño...

—No, señor. Muy cerquita suyo nomás —dijo el Quito, que se había arriado y se encontraba mirando al Lolo con las espaldas hacia la orquesta.

A todo esto, el viejo La Varga se acercó al Quito, bien envuelto en el poncho y a poco más de media vara delante del brazo derecho de su futuro yerno.

—Si la *guaina* no quiere bailar con un matón como usted..., no baila y se acabó. —Prosiguió el Quito con voz alta y clara.

La cara de Rorí se alteró espantosamente.

—¿Cómo decís, guachito insolente? —gritó e hizo ademán de avanzar. Pero el viejo Piche, que estaba frente al Lolo y, como dije antes, cosa de un tranco a la derecha de Quito, se agachó de golpe como para buscar algo en la bota.

Pocos notaron su movimiento, pero como Lolo estaba más prevenido contra el viejo que con el muchacho, dio un salto atrás y sacó el revólver.

Apenas alcanzó a montar cuando sonó el tiro del Quito. Unos instantes el cuerpo de Lolo vaciló, con el arma colgándole del índice. Después se le doblaron las piernas y cayó de bruces en un charco de sangre. Tenía un tiro limpio

en la boca con orificio de salida por la nuca. Cuando lo dieron vuelta, dos o tres mujeres se desmayaron al ver cómo le había quedado la cara.

Antes del mes Quito estaba de vuelta en el pago. El caso era perfectamente claro: había matado en legítima defensa. Todos los testigos declararon que el finado lo había ofendido y que hasta sacó el arma primero con la intención que era de prever en un violento como Rorí.

La explicación sólo la conocía mi tío Belisario.

—Siempre dije que el viejo La Varga preparaba una con guitarra al finado Lolo. —Contaba en la carnicería de don Carmelo, mientras se doraba el cordero que le había ganado—: de modo que estuve espíándolo un tiempito, hasta que los vi preparar el movimiento ése de sacar el arma de la cintura del viejo. Por eso, cuando el Lolo atropelló, el viejo se agachó como para sacar un cuchillo de la bota, pero en realidad levantó el poncho y dejó a la mano de Quito la empuñadura del treinta y ocho que la Delfa había pasado en el bolsillo del tapado. Lolo tragó el anzuelo: como tenía el cuchillo del viejo, no vio los movimientos del muchacho y se ligó un tiro.

—Pero... dígame —preguntó don Carmelo, con un gesto que traicionaba una compleja mezcla de asombro y de miedo, como si su civilizada cabeza de europeo descubriera de pronto no sé qué abismo de inconciencia salvaje en la cara aceitunada de mi tío—: ¿Usted sabía bien lo que La Varga preparaba?

—¡Claro! —rió Belisario bajo sus achinados bigotes—, y hasta les conseguí una caja de balas para que ensayaran... ¿O usted se cree que me iba a dejar ganar el cordero ensillado?...

2. DE PUNTA Y HACHA

Al viejo don Ramón Montenegro, que en paz descansa, le decían el «Caburé», en parte porque parecía una lechuga, y también por la fascinación que ejercía su mirada de pájaro de mal agüero.

La cosa es que don Ramón tenía dos hijos tan grandotes y tontos como él, era chiquito y vivo, y como se le parecían mucho, la gente los llamaba los «Ñacurutuces». Ustedes saben, el caburé y el ñacurutú son bichos de la misma familia, pero difieren en el tamaño y en las condiciones, perdonen la comparación, morales de uno y otro. El caburé, penetrante y rápido, es un animal del diablo. El ñacurutú, enorme y bobo, no digo que sea un animalito de Dios, porque siempre su poco de miedo mete, pero lo hace como los opas, apareciendo de pronto, en medio de la noche, con su chistido agorero.

Todo esto no hubiera dado para andar con cuentos si los Montenegros se hubieran limitado a tener cara de bichos rapaces, pero bien dice el refrán que la cara es el espejo del alma, y tanto el Caburé viejo, como los dos Ñacurutuces jóvenes, se habían aficionado a cuatreriarse tupido entre los montes y

pajonales de Montiel, donde tenían unas leguas de campo. Mientras vivió don Ramón lo hicieron con tanta habilidad que era imposible tomarlos en falla, y fíjense que había muchos, y nada sonsos, que los tenían entre ojos y al menor traspíes los hubieran hecho meter en la cárcel por varios años.

Por eso, para los vecinos, fue un alegrón inesperado cuando cundió la noticia de que uno de los dos muchachos se había peleado en Villa Federal con un sargento y lo había matado de un talerazo.

—Al fin se metieron en una con guitarra. —Pensó la gente. Y no faltó el alma caritativa que aprovechó su amistad con el comisario para recomendarle el preso.

—Métele un buen sumario al desgraciado ése, que a lo mejor de las averiguaciones lo hacés caer también al viejo y al otro opa.

Hay que reconocer que el Cholo Pérez, éste era el nombre del comisario, hizo todo lo que pudo para satisfacer la expectativa pública, y aunque no era hombre de mal talante, participaba del poco gusto por los Montenegros que existía entre los pobladores. Por lo demás el finado era su subordinado, y ustedes saben, los milicos no sólo cuidan el prestigio de la institución, sino también su propio pellejo cuando «le cargan la mano» al que ha cometido la osadía de despacharse a uno de ellos.

Cholo se esmeró, como quien dice, para hacerle al mozo uno de esos sumarios que una vez en mano del juez auspician unos cuantos añitos a la sombra. Algunos dicen que se pasó de prolijo y le hizo dar una zoba que le dejó el lomo como la panza al pobre Ñacurutú. Y aquí es donde me permito disentir con esos tales, no porque el Cholo tuviera el corazón más tierno que no importa qué otro comisario, sino porque a mí me consta lo que sucedió, y doy fe de que no hubo apremio ilegal por parte de la policía. Si el sumario pareció un poco «cargadito», la culpa la tuvo el Ñacurutú que se echó tierra encima como los toros, de puro pavote que era y no porque lo obligaron a garrotazos como después se dijo.

En verdad al finado sargento también lo conocíamos bastante en el pago y su muerte no produjo ninguna crisis de llanto. Si todos nos juntamos en el velorio fue porque a alguien, con ganas de armar una fiesta, se le ocurrió que entre varios comprarán un cajón de caña paraguaya y fueran a «chuparla» al velorio del sargento.

Y fue allí, después de haber vaciado varias botellas, donde surgió la idea de ir en caravana hasta el campo de Montenegro a avisarle lo que había pasado.

Yo me encargo de decirle —sugirió el chueco Ramos—. Quiero ver la jeta que pone el viejo. Además hace años que quiero conocer la casa de los Ñacurutuces.

Pronto se armó una cuadrilla como de veinte jinetes y entre ponchasos, carreras y zamarrones hicimos el trayecto hasta la estancia de los Montenegros, en las pocas horas que nos quedaban de noche. Aclaraba cuando llegamos y los efectos de la caña eran visibles en las voces y en los rostros de los que ha-

bíamos terminado el camino. Otros, con menos aguante o más disposición para el alpiste, se habían quedado tirados por el camino o enredados en algún rancho.

Era invierno, y como la sequía nos había castigado con dureza, los árboles desnudos se erguían en un paisaje que la luz del alba hacía casi espectral. El «Caburé» respondió a nuestro llamado asomándose al corredor que servía de visera al frente de la casa. Tenía un mate en la mano y el aludo sombrero negro caído sobre los ojos.

Debió haber olido el aire de fiesta que traímos porque ni nos saludó. El «Chueco» le dio unos buenos días particularmente ruidosos antes de ponerlo en antecedentes del suceso.

—Mire, don Ramón —gritó—, el Ñacurutú se ha desgraciado con un sargento y está preso. Nos comedimos a avisarle por si le interesa.

Y añadió con sorna:

—No nos convide a matear porque estamos demás apuraos y ya mismo nos vamos.

A nuestras voces se había asomado el otro Ñacurutú y se había puesto al lado del viejo. Con la cabeza desnuda parecía nomás el pájaro cuyo nombre llevaba. Los que sólo lo conocían de mentas soltaron la risa.

El viejo habló, y su voz, que parecía salir del fondo de una cueva, excitó aún más la hilaridad de los divertidos.

—Dejensé de joder —rogó el Ñato Arancibia que era el que los conocía mejor a los Montenegros, o el que estaba menos «mamao».

Las risas se disimularon en toses o en palabrotas que se dijeron unos a otros con el propósito de provocar un motivo plausible a la explosión tan extemporánea de su alegría.

Pero el viejo parecía no haber advertido nada y sólo habló para preguntar dónde estaba detenido el hijo. Cuando le contestamos que en Villa Federal, le ordenó al otro que le hiciera atar al sulky y se metió en la casa sin darnos las gracias. Algunos se quedaron un poco amoscados por esta falta de cortesía, pero como nos hizo entender el Ñato Arancibia, no teníamos ningún derecho a exigir un trato mejor del que le habíamos dado.

—Vienen a reírse y pretenden que los reciba con banda música. Hay que tener cara e ñandubay.

—Ta güeno, hermanito. Ya nos has retao bastante. Vámonos antes que los roñosos estos nos echen los perros por habernos reído.

Todos acogimos la proposición con alivio, pues no estábamos tan perdidos por la caña para no advertir el peligro que podía traer toda esa jarana. Tomamos el callejón al galope, y ya habíamos entrado en la calle real cuando nos alcanzó el viejo que venía trotando fuerte en un sulkcito araña. Le dimos cancha y pasó echando tierra entre todos, con apenas un sacudón de cabeza por saludo.

Como mi casa quedaba a una media legua antes de llegar al pueblo y tenía algunas cositas que hacer, me quedé. Entre ponerme al día en el trabajo y dormir un rato se me pasó el día ése y un par de días, si mal no recuerdo. Fue al tercer día de nuestro viaje a lo del Caburé cuando recién pude verlo al Cholo Pérez que pasaba frente a casa con *atuendos* de paisano y haciendo *coscojear* un *tordillo* oscuro de su propiedad y que era el de salir a presumir.

Como yo lo saludara desde la tranquera, se paró a conversar un rato conmigo, mientras se *atusaba* el bigote y echaba miradas de reojo sobre la casa de unos vecinos donde había una muchacha que andaba pretendiendo.

¿Qué es de la vida del Ñacurutú? —Pregunté entre divertido y curioso.

—Pero, hermanito, que estás atrasao de noticias. Está en Paraná y según van las cosas no creo que tarde mucho en estar de vuelta.

¿Cómo! —me asombré—. ¿Me vas a decir que después de haberse despachado un sargento lo van a soltar al cabo de una semana?

Mira, hermano. Me pasó que el «Caburé» viejo me embromó de lo lindo, y como yo le había preparado al pobre Amancio una con guitarra, no tengo más remedio que admitir la derrota. Y te aseguro que si no me sereno a tiempo acabo de baja.

Como sus palabras aumentaron mi interés por conocer lo que había sucedido, lo invité a bajarse.

—Acompañame a tomar unos mates —le dije— y mientras me contás todo lo que pasó le digo a mi hermana que se cruce a buscar a la Amanda.

Esta última proposición lo decidió.

—Che, no me gustaría que tu hermana se metiera en compromisos. Vos sabés que mis intenciones no son del todo buenas...

Entonces estás frito con la Amanda, hermanito. La han criado en estaca y siempre con una amarra cortija. No da un paso sin que la vieja la tenga bajo el ojo.

En verdad el Cholo no quería declarar sus verdaderas intenciones en aras de ese pudor al revés que solíamos tener los criollos de antes, pero se le notaba en los ojos que la cosa se le estaba poniendo seria.

—Le lloran los ojos al yeguaeté viejo cuando la carne está colgada alto —le dije riéndome de su expresión.

—Pucha che, uno no puede contar con los amigos, se complotan con las viejas para acollararnos.

—Qué vas a hacer, hermano. La Amanda es como una hermana para mí y si no te tuviera confianza no me metía a ganchero para nada.

—Y ahora contame lo del Ñacurutú.

Yo sabía que el viejo Montenegro tenía más *camándulas* que un mandinga, pero te confieso que nunca malicié la jugada que me hizo y caí como un chorlito.

Cholo se sentó en uno de los sillones que teníamos dispuestos en el corredor, y le echó una mirada a las botas negras y lustrosas que llevaba ajustadas bajo las rodillas con una correa. Los ojos, ligeramente saltones, le brillaban de malicia.

Tenía al Ñacurutú incomunicado y bajo custodia en el galpón de la comisaría. El Caburé viejo apareció cerca de las doce de la mañana. Traía un paquetito con comida y me rogó que lo dejara ver al hijo.

¡Palabra de Dios que lagrimeaba! Y como no le tomé olor a caña me enternecí.

—Le traigo un escapulario que me ha dado la madre. ¡La pobre está que no puede ni hablar!

Le hice una seña al milico para que lo dejara hablar con el Ñacurutú, y para no ser espectador de mi propia debilidad me metí en el despacho. No habían pasado quince minutos cuando el viejo Montenegro apareció escondiendo los ojos bajo los párpados, como para que no le advirtiera la picardía.

—Vea, Pérez —me dijo—. Amancio está herido y necesita atención médica con urgencia.

Salté como una chinche y comprendí de golpe la macana que había hecho al dejarlo ese ratito con el preso. No te digo todos los insultos que me prodigué mentalmente porque sería demasiado largo. Cuando dejé de castigarme lo increpé.

—Viejo camandulero de tal y cual... ¿Qué es lo que ha hecho?

Esta vez me miró de frente y por un momento sus ojos redondos se detuvieron sorprendidos en mi cara.

—¿No me estará culpando de veras que yo lo he castigado?

—¡Quién sino usted! —grité un poco fuera de mis casillas—. Cuando lo trajimos no tenía un rasguño y ahora me viene con que está herido.

—¡Y qué quiere que le haga si lo han lastimado! ¡A lo mejor el finado lo alcanzó a golpear antes de que Amancio le diera!

—¡Lo hubiera declarado en el sumario! ¿Por qué no lo hizo?

—¡Vaya a saber!

Me miró fijo.

—A lo mejor no fue el sargento el que le pegó... pero en ese caso lo han obligado a declarar a la fuerza.

Me vi venir la acusación y me frené. Iba a seguir diciéndole cosas pero me pareció que a esta altura de los acontecimientos todo era inútil. Llamé al milico y quemé mi último cartucho.

—¡Reviseló! —ordené—. Y fijese si no trae algún arma escondida.

El vigilante me miró desolado sin hacer ningún movimiento.

—Es al cuete —resolló al fin—. En cuanto me di cuenta de las intenciones que traía lo revisé. No tenía nada.

—Pero cómo pudo permitir...

¡Quién iba a maliciar comisario! En cuanto se vieron, el hijo se tiró de rodillas al suelo.

—¡Perdón, Tata! —gimió.

Pero el viejo lo abarajó de una patada en la cara que le sonó como cuero seco, y antes que yo le pudiera sujetar le había sacudido un par de patadas más en los costillares que lo hicieron balar como toro viejo.

—¡No me pegue, Tata, no me pegue!

—¡Te pego pa que no te pudrás en la cárcel sonso e mierda! —le dijo el viejo—. Y no hablés más hasta que no te diga todo lo que tenés que confesar ante el juez.

El viejo nos miraba como si lo que me decía el agente no tuviera nada que ver con él. Por mi parte vacilaba entre meterlo preso o dejarlo hacer lo que tenía meditado. La rabia me llevaba a tomar la primera de las medidas, pero la razón se impuso. Y fue la primer acertada del día. No habían pasado diez minutos cuando aparecieron el abogado, el médico y el escribano. Por supuesto todos del partido del viejo y con una gana de embromarme que se salían de la vaina. El viejo los había apalabrado antes de venir a verme y estaban esperando en el club social. Si lo llego a demorar en el calabozo es hora que estoy de baja, si no preso.

Para no agravar la cosa me tragué la bronca y dejé que hicieran lo que tenían dispuesto. Por supuesto Amancio mató al sargento porque éste lo había golpeado brutalmente, y daban fe de los malos tratos un maxilar roto y un par de esquimosis en las costillas. El sumario que yo le había hecho, al tarro de la basura... salvo que me animara a soportar la acusación de haberlo obtenido por apremios ilegales. En una palabra, Amancio una víctima inocente de un par de degenerados que se habían cebado con él. ¿Qué te parece?

Confieso que me ref. Al fin de cuentas la trama era una obra de arte, y aunque el Cholo era mi amigo, don Ramón Montenegro era mi paisano, y su bellaquería me llenaba de orgullo patriótico.

3. EL LECHUZÓN LEDESMA

En realidad se llamaba Patricio Farley y era hijo de un galés, largo y huesudo, que tenía una linda majada cerca del almacén de mi padre. La madre era chilena, de apellido Ledesma, pero como el que se encargó de anotar el nacimiento del muchacho, fue un hermano de ésta, don Lucas Ledesma, el niño, por un capricho del tío, pasó a llamarse legítimamente Nahuel Ledesma.

Lu'anoté como hijo mío —decía el muy bruto de Lucas riéndose a carcajadas—, total, el gringo de mi cuñao tiene como diez hijos y por lo menos cuatro se llaman Patricio. Yo no tengo más que un par de guachos y no estoy nada seguro que sean míos. El muchacho, aunque medio *payo*, es más Ledesma que el finao mi padre.

El viejo Farley no se afligió mucho. Lucas era medio loco pero buen amigo y al hacer de Patricio su hijo legal, lo hacía heredero de una majada y de siete leguas de buen campo sobre una de las orillas del río Mayo.

Se pueden criar hasta veinte mil ovejas —pensó don Patri con lenta sensatez galesa—. Y si el muchacho no sale un sabandija se va a hacer rico.

—Total —concluyó con una sonrisa—, pa mí sigue llamándose Patricio Farley y nunca lo llamaré de otra manera.

No sé qué instinto diplomático de buena vecindad nos llevó a todos a llamarlo Patricio Ledesma, como si estuviéramos dispuestos a quedar bien con el padre real y con el padre legal.

Lo de «Lechuzón» vino después, y se puede decir que fue un nombre que le creció con la cara, y especialmente con los ojos. Pocas veces, y he visto animales de todo pelo, observé una cara más rara que la del Lechuzón. Coloradote, lampiño como un queso bola y como para dar fiel testimonio del mote, un par de redondos ojos negros en medio de la *rubicunda* luna llena del rostro.

¡Y qué mirada! Para mí que no tenía párpados, tal la fijeza inmóvil de sus ojos, si cuando dormía revoleaba las pupilas para atrás como los epilépticos y parecía pasarse la noche mirando el techo.

Era más o menos de mi edad y con frecuencia solía caer por casa a pasar unos días y a proveerse de balas para sus dos hermosos revólveres Smith y Wesson 38-44 que eran, más que su orgullo, una parte constitutiva de su propio cuerpo.

Por allí, por el Alto del río Mayo, la gente usaba mucho el revólver y había vecinos que a fuerza de entrenamiento y gastar plata en plomo habían llegado a ser verdaderos maestros en el arte de tirar al blanco. Pero a pesar de la existencia innegable de tales competidores, la puntería y en general la habilidad del Lechuzón en el manejo del revólver, no tenían rival en la zona. Sin pecar de exagerado o patriotero, me atrevería a desafiar a cualquier cowboy de esos tan mentados de Oklahoma o Texas para que se midiera con Patricio en velocidad para arrancar o destreza para tirar desde las posiciones más extrañas y violentas.

Un buen tirador no es necesariamente un homicida en potencia. Especialmente cuando su orgullo se satisface con partir una bala en el filo de un cuchillo o voltear una perdiz al vuelo. Mi padre, que podía meter una bala por el pico de una botella y desfondarla a veinte pasos de distancia sin tocarle el gollete, evitó muchos inconvenientes gracias al ingenuo recurso de mostrar su habilidad, como quien no quiere la cosa delante de algunos chinos levantiscos, cuyas malas inclinaciones y peores borracheras, presagiaban lfos. Y doy fe que, desde que lo conocí, nunca tuvo que matar a nadie.

Patricio, por su índole tranquila y poco aventurera, se inclinaba a seguir la línea pacífica de los tiradores deportivos.

Desgraciadamente su destreza no era solamente para ser lucida en el «stand». Tenía una agilidad de movimientos y tal coordinación de reflejos, que estas virtudes reunidas se conjuraban para exigirle una aplicación algo más emocionante que la de romper botellas o bajar lechuzas al galope.

Recuerdo que uno de sus trucos favoritos era poner seis botellas de bolita sobre el cerco de palo a pique de un corral, y dándoles las espaldas echaba a correr hasta que yo le pegaba el grito: ¡Métele, Lechuzón viejo!

Se tiraba bruscamente al suelo y revolviéndose como una lagartija al sol, las hacía saltar a tiros con ambos revólveres a la vez.

Un 25 de mayo repetimos la prueba delante de un grupo de vecinos que se habían congregado en casa para pasar la fiesta. Éramos muchachones y nunca pensamos que podíamos cometer una imprudencia al hacer ostentación de tales habilidades en presencia de algún elemento de avería. Entre los concurrentes estaba el «Padentrano» Gómez, individuo peligroso, que además de «mal arriao» tenía fama de cuatrero y andaba en líos con don Lucas Ledesma por unas ovejas que habían desaparecido.

Todavía lo veo al Lechuzón sacudiéndose el polvo de la ropa después del revolcón, y me parece oír la voz medio arrastrada del Padentrano, que decía con tono bastante alto y la mirada agresiva clavada en el Lechuzón.

Parece rigularón el mocito... pa voltiar botellas de bolita. Tal vez si el blanco le desiguera un poco no tendría tan buen pulso.

Todos los presentes entendieron la provocación y como Patricio se quedara como un poste, con sus grandes ojos asombrados en lucha con un sentimiento que parecía subirle de las entrañas, Papá, que siempre sabía lo que había que hacer cualquiera fuera la dificultad, se llevó al Padentrano con una conversación oportuna hasta el despacho de bebidas. La gente se fue apartando en grupos reducidos e intrigados, mientras el Lechuzón, siempre de pie en medio del corral, no terminaba de resolver su dilema.

Muchos pensaron que se había arrollado, pero yo, que conocía bien su temperamento reflexivo y lento para resolver situaciones, me di cuenta que en su fuero íntimo se estaba operando un cambio de mal agüero.

Lo llamé para que no sirviera de blanco a los comentarios.

—No te aflijás, hermano —le dije—, ese tipo es mal bicho y el día menos pensado va a hacer que alguno se desgracie.

Patricio me miró con sus inexpresivos ojos redondos, y me respondió como si estuviera ponderando una posibilidad deportiva cualquiera.

—A lo mejor tiene razón. Nunca me he probado y si no me lo hubiera dicho, jamás se me hubiera ocurrido pensar en eso.

Les aseguro que me asusté. Si lo hubiera visto enojado, humillado o simplemente molesto por la injuria, no hubiese temido mayores consecuencias. Pero el Lechuzón no sentía ninguna de estas emociones, y puedo asegurar que no había en él ni el menor asomo de resentimiento. Había algo mucho más

peligroso: curiosidad. Me di cuenta que no pararía hasta averiguar si lo que le había dicho el Padentrano Gómez era o no cierto. En este deseo estaba comprometido un frío amor propio deportivo.

—¿Me supongo que porque el chino ése te haya dicho esa macana, no se te va a dar por provocarlo para demostrar que no te tiembla el pulso?

Se rió tranquilamente de mi alarma.

—No —me respondió—, no lo voy a provocar a él solo, únicamente le voy a preguntar si él y el par de gatos que lo acompañan serían un blanco lo bastante exigente como para probarme el pulso.

La siesta había sido fría pero serena. El sol amarillo de mayo iluminaba los cerros cercanos dorando los coirones semisecos. De repente una brisa fría comenzó a soplar y pronto el viento nos empujó hacia el almacén.

Muchos de los parroquianos llevaban sus caballos del cabestro en dirección hacia los establos con el propósito de desensillar para pernoctar en casa. Otros volvían de los pesebres con los recados a cuestras e iban buscando acomodo en uno de nuestros galpones de esquila.

En uno de esos grupos vimos a Gómez y sus dos acompañantes: el «Zancudo» Zabaleta, y un indiecito chiquito, lampiño y astuto que hacía muy poco había dado muerte a un puestero, de muy mala manera. Los tres iban riéndose fuerte y de pasada nos echaron unas miradas lo bastante burlonas, como para que nos diéramos cuenta que éramos nosotros el objeto de su hilaridad.

Reconozco que me dio rabia, y tal vez les habría dicho algo fuerte si el Lechuzón no se me hubiera anticipado en el uso de la palabra.

—¡Gómez! —gritó con voz clara y tranquila—. ¿Son ustedes botellas de bolita o se consideran blancos lo bastante peligrosos para probarme la puntería?

El corazón me saltó en el pecho como una pelota y casi instintivamente obedecí a una señal del Lechuzón que me pedía cancha.

Me parece verlo, con su larga silueta un poco inclinada, el saco de cuero desprendido, las piernas entreabiertas, enfundadas en unas cortas rodilleras de chivo que apenas le cubrían la mitad de la bota, y los brazos largos, blandamente caídos a los costados como vencidos por el peso de las manos enormes.

Gómez, Zabaleta y el indiecito dejaron caer los recados, y por un momento permanecieron indecisos, con los taimados ojos en acecho. Estaban sorprendidos.

Recuerdo que arreció el viento y en el vano de una puerta que se abrió de golpe, vi a mi padre y a don Lucas, pálidos pero tranquilos, que esperaban el encuentro inevitable.

La voz de Patricio volvió a sonar en el viento.

—Tal vez si les doy la espalda se animen ¿o no les gusta ser blancos exigentes?

No sé si hice un movimiento para caminar o si simplemente moví los brazos en un ademán ciego y perdido, pero sentí que los miembros me pesaban como si fueran de plomo.

Patricio se dio vuelta como para irse, cuando noté que Gómez, Zabaleta y el indio, sacaban los revólveres y se abrían en abanico. El movimiento de los tres fue rápido, pero el grito me salió vibrante como una clarinada.

—¡Metéle, Lechuzón viejo!

No sé cuántos tiros sonaron. Mi padre que es perito en estos lances, dijo que él oyó bien claro cinco tiros de un solo saque, y enseguida un sexto tiro, pero tan pegado a los otros, que muy pocos lo notaron. Yo, si voy a dar crédito a mis orejas, confieso que oí un solo estampido, único y confuso.

Cuando tomé conciencia de que el mundo seguía andando, el Lechuzón guardaba los revólveres con todo cuidado, y se sacudía unas cascarrias de cordero adheridas a sus rodilleras. Los otros tres no se levantaron más. Todavía temblaban un poquito cuando nos arrimamos a verlos.

Mi padre nos miró con sus pequeños ojos perspicaces y tomando a Gómez del cuello del saco, lo arrastró unos cinco metros hasta que lo puso dando frente a los otros dos.

—Montá a caballo —me dijo con voz que no admitía réplicas—. Correte hasta el destacamento y decíle al Sargento Maidana que Gómez el «Padentrano», el indiecito Millacalt y el «Zancudo» Zabaleta tuvieron una discusión algo violenta y terminaron liquidándose a tiros.

Después volviéndose hacia los mirones preguntó, pronunciando las palabras con cierta insistencia amenazadora.

—¿Quiénes fueron los testigos de este encuentro?

Don Lucas levantó un poco la cabeza y dijo con voz opaca, apenas audible entre las cerdas de su bigote *gacho*.

—¡Mirá, mirá! ¡Quién iba a decir que estos tres que parecían tan apareaditos se fueran a basurear tan fiero!

Yo también vide la pelea, Ñore. —Se animó Antileo, que era amigo de don Lucas.— Se pelearon a lo perro.

Y soltó una risita aguda, que descubrió sus blancos dientes de carnívoro.

Los otros no dijeron nada y se quedaron calladitos, mirando los cadáveres, comiendo y comentando. En todos los espíritus la cosa estaba terminada. El Lechuzón había matado bien. La cuestión con la policía era asunto aparte. Había que arreglarlo de manera que no perjudicara a nadie.

Hice las cinco leguas que nos separaban del destacamento de un solo galope. Allí encontré al correntino Maidana arreglando una montura.

Lindo criollo era el sargento Maidana. Sagaz y tranquilo, resultaba un elemento indispensable en esas soledades donde la ley tenía que sufrir algunas modificaciones impuestas por un código no escrito, pero que correspondía al pensamiento de los pobladores.

Las cinco leguas de vuelta las hicimos estribo contra estribo, y confieso que con mucha menos prisa de la que yo tenía. El sargento apenas me hizo un par de preguntas, que casi no contesté por miedo a estropearle el plan a mi padre.

Cuando llegamos, Maidana inspeccionó los cadáveres. Conversó con los tres testigos presenciales: mi padre, Antileo y don Lucas Ledesma y procedió a levantar el sumario. Una semana más tarde se hizo presente un oficial sumariante de Gobernador Costa o Esquel y con los datos que le facilitó el sargento, y las declaraciones de los testigos dio por terminadas las actuaciones. No pudo ver los cuerpos porque se habían empezado a descomponer y hubo que enterrarlos. El oficial que tenía apuro por volverse no insistió en revisar los cadáveres. Se despidió aliviado, y se subió al fordcito con el legajo bajo el brazo.

Maidana que tenía el caballo del cabestro, a punto de montar para volverse al destacamento, lo vio subir al coche y un ratito siguió con la vista la cómica capota del autito. Después, volviéndose hacia mi padre y don Lucas que estaban a su lado, dijo, recapitulando con tono cansado la actividad de esos días, y aprestándose a montar a caballo.

—¡Ta güeno con don Gómez y su cuadrilla! Maginesén que matarse los tres con un tiro cada uno en la cabeza y al mismo tiempo. ¿Parece mentira, no? Les asiguro que si no me lo cuentan ustedes no lo hubiera creído nunca.

Y ya sobre el caballo, añadió, mientras ponía el pie en el estribo derecho.

—Usted, don Lucas, tiene un pollo muy ligerón de patas. Cuideló que no se le cebe...

Y saludando con el rebenque, tomó la picada al trotecito.

4. LA CASA SOBRE EL RÍO

A los nombres de los pueblos hay que dejarlos que nazcan solos para que tengan tiempo de hacer nido en el corazón de sus moradores. Yeguareté Corá (Corral del tigre) es el nombre de mi pueblo, y a veces, cuando se encontraba lejos, en una de esas ciudades que nunca me gustaron, solía dejarme invadir por la melancolía, y acariciaba interiormente el nombre del pueblo lejano, que se me aparecía en una de esas siestas inmóviles, dormido en el rumor poderoso del Paraná.

Allí me crié con Inocente Kahl y el Cambaí Ledesma. Teníamos nuestras cass cercanas, pero la de Inocente estaba sobre el río desafiando las crecientes sobre sus altos postes esbeltos.

Era el producto industrioso de un carpintero alemán, tenaz y misántropo, que pasó muchos años en ella sin que nadie supiera ni quién era ni de dónde había venido. Allí se juntó con una criolla cejjunta y malhumorada. De la conjuración de estas dos malas disposiciones para la vida nació Inocente, con

un carácter tan jovial y apacible, que parecía hecho a propósito para desmentir el fatalismo hereditario.

Se puede decir que Inocente, antes de aprender a caminar, ya nadaba. O mejor dicho, flotaba como un corcho, pues su capacidad para permanecer en el agua excedía los límites naturales. Su cuerpo truncado, fofo y de largas extremidades delgadas, hacía pensar en un gigantesco sapo amarillo. Hubo un tiempo que creíamos que tenía doble párpado como los saurios, tan abultados eran los suyos.

Todavía ahora, cuando el recuerdo del río acrece la nostalgia de la infancia, me parece verlo entre los agitados cañaverales, con su boca grande y sonriente bajo los saltones ojos verdes, que emite un ruido como de *crótalos*. Porque Inocente era sordo como una tapia y apenas si podía pronunciar un par de palabras y mostrar sus sentimientos con algunos sonidos guturales.

Él nos descubrió el río y su hechizo, haciéndonos gustar la dulzura de sus aguas profundas y el latido de su extraño corazón. Allí, sobre el lomo overo del agua, aprendimos a conocer su fuerza y a medir el misterio de su pulso. Cuando la tormenta hinchaba su seno y parecía encrespase de rabia, nos metíamos en medio de la corriente y nos dejábamos arrastrar como camalotes, aturridos y locos por el poder animal que parecía tener nuestro río.

En cambio, en las tardes apacibles, la bestia oscura parecía acechar, con la panza lisa y achatada, como un yeguaeté que *aguaita* la presa. Entonces el aire se quedaba quieto, y en el silencio que pesaba sobre los oídos y casi sobre el corazón, oíamos el grito perdido de un pájaro salvaje, o el leve estremecimiento de las cañas sacudidas por una ráfaga pasajera. De pronto, no sé por qué, teníamos miedo y nos apretábamos en la penumbra del crepúsculo como empujados por un presentimiento agorero.

El Cambaf era siempre el primero en reaccionar y deshacer el nudo del encantamiento para devolvernos a la vida corriente de las bromas y los juegos.

Los vaivenes de una suerte bastante negra me llevaron a Corrientes, donde cursé un par de años en un Colegio Nacional, y de allí salí a ganarme la vida ejerciendo una serie de empleos en diversos lugares del país. Me sentía incapaz de afincarme y siempre estaba acuciado por una nostalgia enfermiza que me hacía andar de un lado para otro.

Un día me enteré que el Cambaf Ledesma había sido nombrado comisario de Yeguaeté Corá. Le escribí una carta larga y melancólica, recordándole nuestra vieja amistad, y terminaba por pedirle que me diera la oportunidad de un trabajito para volver al pueblo. Quería ver de nuevo el teatro de nuestras andanzas y tratar de curarme de esa tristeza que me consumía.

Días después recibí un telegrama: «Vení, Ledesma».

Reuní todos los pesos que pude y como calculé que tenía para pagarme el boleto, y todavía me sobraban unos cincuenta o sesenta pesos, me emborraché.

Fue una curda, jefe. Cuando volví a mi cuarto, me arrimé a la luna bastante deformadora del espejo, y al ver mi cara a la luz rojiza de la bujía barata, sentí una depresión tan aniquiladora que me puse a llorar como un niño.

Me parece que me veo con mi rostro largo, flaco y sin afeitarse y mis caídos ojos de mancarrón de plaza, rojos e hinchados. No, mi aspecto no era en verdad para consolarme. ¿Qué había hecho, Dios mío, del niño que fui? ¿En qué letrinas había perdido las ganas de vivir, la salud, la esperanza...?

Pero me quedaba el deseo de volver. ¿Y quién sabe? Las ilusiones suelen ser tan locas... tal vez pensaba encontrar de nuevo aquella atmósfera perdida, o recuperar el perfume del pasado, que a veces, en una súbita ola, entraba de repente hasta mis piezas de pensionista, y se quedaba un ratito allí, entre tantos olores de derrota...

Encontré todo muy cambiado. El Cambaí era algo distinto al muchacho que conocí treinta años antes, que casi no lo reconocí. Estaba gordo y unos ojos astutos brillaban en una cara demasiado lustrosa.

—Los amigos son pa ayudarse —me dijo una vez que le expuse mis intenciones—. Así como uno tiene lo que tiene gracias a las amistades que ha podido agenciarse, conviene que uno a su vez ayude a los que están en la mala.

Y lanzando un salvazo marrón del tabaco que estaba masticando, agregó:

—¿Qué tal sos pa la máquina de escribir?

Maquinalmente eché una ojeada a una vieja Remington que estaba sobre una mesita.

—Regular —respondí—, sé arreglarle con ella.

—Entonces ya tenés empleo. Te nombro sumariamente. Ya me he pasao sin sumariar dos muertes pa no encarar el aparato ése.

Me reí de su salida y un poco para recuperar la atmósfera de nuestra vieja amistad y sentirme en ambiente recordé a Inocente Kahl.

¿E Inocente? —pregunté— ¿siempre a la orilla del río?

—¿A dónde va ir el el yacaré viejo? —se rió el Cambaí—. Si cuando sale del agua se ahoga como los bagres. Andá a verlo. Siempre vive en la misma casa y ahora que está solo es demás grande para él, a lo mejor te presta un cuarto.

Yo ya no tenía a nadie en mi pueblo, y apenas si un par de viejos naranjos en el terreno donde estuvo mi casa, me trajeron un recuerdo amargo de los míos.

Me fui a vivir con Inocente Kahl. Allí, sobre el río, me parecía estar más cerca de mí mismo. O por lo menos de esa imagen de mi niñez que me perseguía como una idea sin completar. Las horas libres —y vaya si las había en nuestra pequeña comisaría!— me las pasaba nadando, pescando o soñando como un zancudo entre los altos cañaverales rumorosos o bajo los copudos jacarandás. A veces leía una novela, siempre las mismas, o me iba

río adentro con Inocente para respirar como un ahogado la ruda belleza de la tarde.

En las noches de luna echarme en el bote para sentir en las espaldas el pulso jadeante del río. Un pájaro solitario lanzaba entonces su grito desolado y la noche se me metía en el alma hasta confundirme con ella.

Cuando el cielo amenazaba tormenta, Inocente se ensombrecía como si sintiera de repente el llamado de una responsabilidad que iba creciendo en la medida en que el cielo se encapotaba. Y cuando el chubasco se anunciaba con su prelude de olores húmedos y sus frías ráfagas de viento, Inocente, se hundía en el río sobre su diminuta batea y me hacía señas de que iba a pescar un palo.

Un ratito podía ver su figura que se perdía entre las aguas negras, y seguía con la vista el movimiento de sus brazos que remaban con la serena seguridad de un experto.

Nunca supe bien lo que hacía, ni me interesé mucho por el asunto. Sospechaba que había de pescar muy buenos palos, porque siempre volvía con unos pesos, y se apuraba a gastarlos con unas chinas lavanderas.

A aquel temporal lo presentí antes de ver una nube en el horizonte. Se inició con una ventolera fría y húmeda, que pasó por la casa haciendo vibrar los cañaverales. Por un momento la tarde quedó como estremecida por la amenaza lejana. Un *biguá* voló lanzando un grito inquieto, y luego me pareció que el río aumentaba el empuje de su caudal.

Me quedé un rato apoyado en la baranda de la escalera, dejándome traspasar por la hoja aguda del vientito. Desde allí vi a Inocente, apenas un punto sobre el río, que remaba con vigor en dirección al Paraguay. No sé qué sospecha, relacionada con una conversación sobre contrabando, pasó por mi mente. Pero me reí.

—Estoy loco —me dije—. ¡De dónde va a sacar conocimiento Inocente para andar en contrabandos! A no ser...

Pero la idea se negó a precisarse, como si un secreto pudor me defendiera de su contacto impuro.

Luego subí a la casa y me senté en el mirador. Tomé un libro que estaba doblado en la página donde lo había dejado y me puse a leer. De vez en cuando levantaba la vista y contemplaba la rabia sombría del firmamento. Casi sin notarlo, me fui quedando dormido.

Me despertaron los primeros relámpagos y el ruido de una persiana que golpeaba en la oscuridad. Uno o dos minutos permanecí con los oídos tensos, hasta que percibí con claridad las pisadas de un caballo entre las cañas secas.

Me levanté, y casi instintivamente tomé el revólver de la cartuchera que colgaba de la percha, y me arrimé a la puerta. Pero ahora noté con nitidez los pasos de un hombre sobre la escalera.

—¡Quién va! —grité.

—¡Yo, ch'amigo! —respondió la voz conocida del Cambaí.

Le abrí la puerta y entró. Cuando encendí la luz, noté la preocupación en sus ojos saltones y astutos.

—¿Y el Sapo? —preguntó un poco de puro vicio, porque en seguida añadió, sin esperar mi contestación y mezquinándome la mirada, como si temiera dejar traslucir la ansiedad que lo consumía.— Anda metido en flor de lío. Vos sabés que lo usan para pasar contrabando de joyas. He averiguado que las trae en troncos de árboles ahuecados a propósito y que él mismo *cabrestea* corriente abajo. En la prefectura deben haber palpitado algo porque le han tendido una trampa cerquita de aquí.

Aparté la mirada de su rostro repentinamente extraño y duro, y de golpe me sentí inmensamente viejo. Todo el pasado se agolpó en mi memoria, y en una ola de asco comprendí el sucio juego del Cambaí.

—¿Y recién te enterás de eso? ¿No te das cuenta que si le hacen un cerco lo pueden baliar?

Estaba parado junto al ventanal y de tanto en tanto la luz de los relámpagos iluminaba su rostro gordo y lustroso.

—Me *judiaron*, hermano —dijo con voz apagada—. Alguien debe haber pasado el santo.

—No podemos hacer algo? —pregunté confiado en su ingenio.

No sé. Si no se larga a llover muy tupido, tal vez lo podamos parar en paso Celaya. Tenemos que pasar a la isla y esperarlo que baje sobre el brazo derecho del río. Él suele agarrar por ahí porque tiene más corriente y se viene más ligero.

Confieso que estaba confuso. Sentía que algo se estaba rompiendo en nuestra amistad, a la vez crecía mi rabia por ese intruso que había metido su codicia entre nosotros. El Cambaí, el verdadero Cambaí Ledesma no era ese gordo cínico y ladrón.

—¡Vamos! —le urgí, y eché a correr escalera abajo en busca de mi caballo.

Montamos y nos lanzamos a todo galope costeano el río. En paso Celaya echamos los montados al agua y vi cómo el Cambaí sacaba el Winchester de la montura y se lo ponía en bandolera para no mojarlo. El tapaboca de bronce brillaba la luz de los refucilos y el rostro de Ledesma tenía una fijeza tensa y voluntariosa.

Su caballo era mejor nadador que el mío y pronto lo vi salir a la orilla de la isla chorreando agua. Me esperó.

Las gotas que habían menudeado durante todo el camino, comenzaron a caer con más fuerza. Antes que mi caballo pisara tierra firme, el aguacero se descargó con todo lo que tenía. Como siempre sucede en esa zona, la lluvia caía a baldes, apenas podía ver al Cambaí que accionaba entre las ráfagas. Tuve que arrimarme para oírlo.

—¡Ah tiempo *añá mbuig!* —gritó con rabia, y agregó con toda la voz: —Seguíme por acá, y tené lista la linterna, tiene buen foco y a lo mejor lo vemos.

Y como advirtió que yo lo miraba con un gesto de desobediencia, me echó el caballo encima y manoteó el revólver.

—Movete pues mierda, o te andás queriendo retobar. Lo que me interesa es que no llegue el palo. Si logro darle al Sapo, porque dejuro que el infeliz se va a asustar y no voy a tener más remedio que dijuntiarlo. Entonces entendí cuál era el proyecto del Cambaí. Como Inocente, en caso de ver nuestra señal nos iba a tomar por los de prefectura, y en vez de detenerse iba a correr más, Ledesma había decidido matarlo de un tiro. El palo, a merced de la corriente, iba a ser arrastrado hasta una ensenadita que llamábamos del Alemán.

Rogué a la Virgen para que el agua no parara de caer. Bajo el chubasco, apenas podíamos ver nuestras manos. Pretender hacer fuego contra un nadador abrazado a un tronco era pura locura.

No sé cuánto tiempo estuvimos parados con los ojos hipnotizados por el río y escuchando la furia del viento entre los árboles. El término lúgubre siempre me ha parecido una cosa extraña, casi falsa, tal vez porque nunca había tenido la oportunidad de aplicarlo a una situación vivida, sin embargo, cuando rememoro aquella noche, la palabra se me viene sola a la cabeza.

Mientras miraba en la oscuridad mis manos inútiles pensé en el Cambaí, en el Sapo y en mí mismo, como nunca lo había hecho. Sentí que nuestras vidas se separaban allí, en esa noche, y de cierta manera que se me aparecía como una visión, me pareció descubrir de repente la trama de nuestro destino.

Al recordar los ojos saltones de Inocente un sollozo me estranguló la garganta.

Hacía unos minutos que había cesado de llover cuando oímos clarito el tiroteo de una ametralladora cerca de Yeguaeté Corá. Dirigí el foco de la linterna sobre la cara del Cambaí. Estaba más pálido que un difunto.

—¡Vamos! —le grité, y me pareció que la voz me salía alterada—. Al Sapo lo han baliado.

Me siguió con la docilidad del que nada espera ya del destino, y mientras lo guiaba hasta el paso, medité con precisión todo lo que tenía que hacer.

Dejé que entrara primero al agua, y me largué suavemente por detrás, de manera que la correntada me pechó el caballo contra el suyo. Cuando lo tuve al alcance de la mano, le pegué con toda la fuerza un tirón a una de las riendas, y se lo di vuelta.

Vi el pataleo del animal y oí el grito del Cambaí cuando se hundía. Al otro día lo recogieron en la Ensenada del Alemán los de la gendarmería. Estaba hinchado como una boa.

Allí también me enteré de todo lo que pasó con Inocente y recogí su cadáver para velarlo con el del Cambaí.

Descansan juntos, ahí nomás, cerca de la casa de Inocente, que siempre habitó. De noche los oigo rondar entre las cañas y me parece que discuten. Entonces me asomo hasta la puerta y les grito que estén quietos y me obedecen como niños que son.

Pero yo ya no puedo dormir más y me quedo las horas muertas, pensando en la panza negra del río, con ganas de meterme dentro y no salir más.